D'AUNET, Léonie (2023): *Viaje de una mujer a Spitzberg* (ed. RODRÍGUEZ VARELA, Rita). Berlín: Peter Lang. 199 pp. ISBN: 9783631900871.

La recuperación editorial de títulos en el género de la literatura de viajes genera la duda de si tal esfuerzo merece la pena o responde a motivos ajenos a los de sus valores históricos y literarios. Asistimos a un auge de este tipo de obras, independientemente de su cronología, su autoría o el ámbito geográfico en que se desarrollan; da igual que se trate del omnipresente Ryszard Kapuscinski –y de las obras de figuras consagradas de la talla de Zweig, Gerald Brenan, Blasco Ibáñez o Virginia Woolf– o que sean de rango menor y hasta de auténticos desconocidos de cualquier época. Esta explosión de publicaciones podría hacernos creer que estamos ante uno más de la larga lista de libros surgidos a su rebufo, sin apenas interés excepto para un reducido círculo de especialistas. Tampoco ayuda el nombre de su creadora, Léoni D'Aunet (1820-1879), una escritora menor francesa a la que se recuerda más por la relación amorosa (1843-1851) que mantuvo con Víctor Hugo que por su modesto legado como mujer de letras, devorada por la fama del genio por antonomasia.

Ninguno de estos apriorismos ha detenido a la profesora Rodríguez,

afortunadamente. La traducción y la cuidada edición crítica del *Viaje*, están completadas con un acertado estudio introductorio que enmarca la personalidad de la autora y de la obra en todas sus coordenadas históricas y culturales. Lástima que la editorial haya limitado tanto las dimensiones del mencionado estudio. La capacidad profesional de la doctora Rita Rodríguez Varela, una gran especialista en autobiografías y en literatura hecha por mujeres, hubiera necesitado de un mayor número de páginas en donde establecer los necesarios paralelismos con otras obras similares en temática y cronología, en el ámbito francés y en el de otros países; algo que hubiéramos agradecido los lectores de esta fuente historiográfica de primer orden.

El *Viaje de una mujer a Spitzberg* se publicó en 1854, por Hachette, tras haber salido previamente en formato de folletín en la *Revue de Paris*; obtuvo entonces un más que discreto éxito de crítica –elogios de Gustave Flaubert– y de público. Usó el procedimiento habitual del epistolario, tan grato al género –véase la deliciosa *Cartas desde Rusia* (1856-57) de nuestro Juan Valera–, para presentar una experiencia vivida década y media antes. Son nueve las misivas dirigidas a su hermano –León de Boyne, fallecido tres años antes en Nueva York–, encabezadas cada una por los nombres de los lugares o pueblos

visitados en cada fase del periplo, siguiendo así otro típico convencionalismo de esta clase de escritura –constatable en el *Viaje a Italia* de Moratín (1793-96), por ejemplo–. En 1838, la jovencísima Léonie tenía dieciocho años y llevaba ya otros tres conviviendo con el pintor François-Auguste Biard, el autor del almibarado cromo de la liberación de los esclavos coloniales franceses (1848), tan reproducido. A través de la mediación personal de este mediocre artista, protegido de Luis Felipe, entraría en la expedición dirigida por el botánico Paul Gaimard, al Círculo Polar Ártico (1838-39). Lo que parecía ser una apacible aventura festiva, acabó convirtiéndose en una durísima experiencia iniciática. Quien comenzaba siendo una acérrima defensora de las tópicas emociones desbordadas del posromanticismo y se presentaba como un alma cautiva de las teorías roussonianas sobre la Madre Naturaleza pródiga y el «buen salvaje» identificado con los idealizados lapones, terminaría asumiendo con resignación las limitaciones sociales y de mentalidad impuestas por su condición femenina y la ferocidad cruel de una naturaleza hostil –«el infierno blanco»–. Nada salió como ella esperaba y el contacto con distintos pueblos y otras civilizaciones, incluyendo la eslava-rusa en su totalidad y a parte de las nórdicas, le supondría un desengaño doloroso. A la vuelta, la antaño rebelde y anticonvencional damisela, la estrella de los salones elegantes parisinos de la monarquía de julio, se casará –embarazada– con su mentor en un intento de alcanzar una falsa respetabilidad y blanquear a la vez la fallida expedición tan opuesta a lo que se suponía debía

ser el *Grand Tour*. Para las damas de los siglos XVIII al XX, el *Grand Tour* proveía de agradables recuerdos a los que poder aferrarse en el futuro sedentario al que se verían abocadas por su sexo y su estatus social; una sucesión de jornadas dichosas con visitas a museos, a colecciones, a personajes ilustres y parajes pintorescos; a lo largo de ellas, solía tejerse una red con amistades y conocidos que a veces acababa en bodas ventajosas y siempre iba acompañada de refinamientos gastronómicos y diversiones entreveradas de alguna que otra aventura galante o de un muy bajo riesgo. Poco o nada de esto jalonó el periplo de Léonie D'Aunet marcado por una permanente y desasosegante sensación de riesgo y la presencia aterradoramente de la muerte y de la enfermedad. Al temor a perderse en las interminables llanuras sin referencias, se unieron otros muchos padecimientos como la suciedad, el insomnio, el hambre y un insufrible aislamiento. Resulta muy sintomático que apenas haga referencias a los hombres con los que compartió viaje, sin que sea una excepción su propia pareja; cuando lo hace, suele ser de una forma apresurada y displicente, una especie de mero trámite del que no se libra ni tan siquiera el, entonces famosísimo, escultor danés Bertel Thorvaldsen, descrito como un soberbio e insufrible. Ella sólo salva a unos pocos «héroes anónimos» –un capitán de barco, un guía nativo, unas mujeres laponas, un empresario británico, un misionero protestante...– posicionados ahora muy por encima de los consagrados científicos, artistas y hombres ilustres –el zar Pedro o el rey Federico de Prusia– a los que tanto admiraba hasta

entonces. En ese proceso de introspección y maduración personal acelerada en que se vio envuelta, descubre su condición de criatura urbana de la que no puede zafarse por más que lo intenta, como tampoco puede hacerlo de su condición femenina por mucho que se disfrace con ropas masculinas o se corte el pelo; también, toma conciencia de su inexorable condición burguesa, lo que no le impide empatizar vagamente con el ideal de la justicia social al que le lleva su sensibilidad impactada por la visita a varias explotaciones mineras de la zona.

Siendo, como fue, una pionera excepcional y una heroína, *madame D'Aunet* no figura en la categoría de las exploradoras, según el término que aplica Cristina Morató en *Las reinas de África*. Y eso a pesar de que precedió en casi un siglo a todas las que después recorrieron el polo Ártico, como la excéntrica millonaria norteamericana Louise Arner Boyd o la esposa de Peary, Josephine Peary. Ella es la principal culpable de tal minusvaloración. A sus ojos, toda su epopeya personal carecía de verdadero mérito al considerar que su aportación científica y profesional fueron mínimas, dadas sus limitaciones de partida y su falta de aptitudes. Lo cierto es que sus asumidas carencias educativas no le impidieron realizar un minucioso estudio de la botánica y de la geología de esta parte del mundo, mostrando un nivel que sorprende en alguien tan joven y con formación exclusivamente autodidacta y extrauniversitaria, aunque fuera capaz de hablar inglés con soltura, entender el alemán y dibujar con maestría. Las observaciones a propósito del área

boreal europea no difieren gran cosa de las que luego hicieron geógrafos o etnógrafos profesionales; y en cuanto a sus consideraciones sobre geopolítica –el enfrentamiento entre la expansión rusa y el nacionalismo finés– o sobre el comercio internacional en la zona –choque de intereses entre la liga Hanseática y las naciones nórdicas–, resultaron ser premonitorias. El que nunca más volviera a probar suerte como exploradora constituye un enigma y nunca sabremos si esta decisión excluyente fue libre o una imposición. Lo más fácil sería echar la culpa de tal renuncia al episodio amoroso con Víctor Hugo y sus tristes secuelas –juicio, cárcel, encierro en el convento de Damas de San Miguel, alejamiento de sus hijos, divorcio...–; pero, como apunta Clara Díaz Pascual –blog «Diario de a bordo»–, gracias a este hecho traumático se produjo su conversión como escritora y como mujer independiente, ayudada en este difícil camino por la propia esposa de Víctor Hugo, Adèle Foucher, con la que mantuvo una insólita sororidad.

Debe destacarse, entre las muchas cualidades de la obra, la multiplicidad de lecturas –y niveles– que admite; una pluralidad de interpretaciones que, lejos de contradecirse unas a otras, se complementan, convirtiendo el *Viaje de una mujer a Spitzberg* en todo un «clásico recomendable». El libro puede abordarse como si se tratara de un dietario protofeminista, una crónica científica, una guía de viajes, el relato costumbrista de una época y un lugar o un entretenido episodio de aventuras. Historia, autobiografía y literatura van de la mano y se entrecruzan constantemente dificultando el establecimiento

de cualquier tipo de bardas académicas; sepan que toda esta aparente confusión aumenta considerablemente el indudable interés que ya posee de suyo por el mero contenido del libro y por la irresistible fascinación que sigue provocando su autora.

Luis Arias González

Universidad de Salamanca

<https://orcid.org/0000-0002-3749-9816>